

Montespan, la Maintenon, la Pompadour; en Letailier, Fleury, Dubois: de estos seres potentes, graciosos, débiles ó feos, pasad á los héroes, al impetuoso Condé, al cauto Turena, al feliz Villars, segun la posteridad les renombra: de estos héroes gobernados pasad á los héroes gobernantes, Federico y Napoleon: contemplad esas figuras como retratos expuestos en el Louvre de la historia, observadlas cual son, con su grandeza y su miseria, y lo que en ellas atrae y repele: ¿no experimentais cierta especie de estremecimiento al ver esas figuras cual Dios las hizo, del propio modo que si veis un retrato de Rafael, el Ticiano ó Velazquez? ¿Cómo no habeis de distinguir bajo esas facciones verdaderas, sublimes unas veces, extravagantes otras, groseras acaso, la hermosura pintoresca de la naturaleza? ¿Pues qué no tienen su belleza histórica, á la cual seria delito poner y quitar el rasgo mas leve, Enrique IV con su talento profundo, su valor caballescico y calculado, su donaire, su bondad, su astucia, sus apetitos sensuales; Luis XIII con su timidez siniestra, su aliento, sumiso ó á mal respecto del poderoso ministro á quien debe la gloria de su reinado; Luis XIV con su vanidad, su buen sentido, su grandeza; Luis XV con su egoismo, que se aturde sin cegarse; Richelieu con su implacable genio; Mazarino con su paciencia y profundidad; Condé con su ardimiento que ilumina la inteligencia; Turena con su cordura que se enardece; Villars con su talento de aprovechar

la ocasion propicia; Federico de Prusia con su genio arrogante; Napoleon con aquel genio de titan que le impulsa á escalar el cielo? ¿Qué se necesita para retratar estas figuras? Comprenderlas. Y á la verdad, ya comprendidas, solo una pasion prepondera, la de estudiarlas mucho para reproducirlas fielmente, y despues de bien estudiadas, estudiarlas mas, para cerciorarse de no haber descuidado tal arruga del infortunio, ó del tiempo ó de las pasiones, que debe perfeccionar el retrato.

De la profunda inteligencia de las cosas nace ese amor idólatra á lo verdadero, que los pintores y los escultores denominan amor á la naturaleza: nada se considera superior á lo que es verdad, y por consiguiente nada se altera ó muda. En poesia la naturaleza, se escoge, no se cambia; en historia solo hay derecho para ordenar, mas para elegir de ningun modo: si en poesia hay que ser verdadero, mucho mas hay que serlo en historia. Si pretendeis ser interesante, dramático, profundo, bosquejar soberbios retratos que se destaquen de vuestra relacion como de un lienzo y se graben en la memoria, ó escenas que conmuevan mucho, tened por cierto que no alcanzareis vuestro designio, que vuestra manera de referir será violenta, y no trazareis escena sin exageracion, ni retrato que tenga vida; y todo por la simple razon de poner en ser dramático ó pintor el esmero. Al revés, no penseis mas que en ser exactos; estudiad bien una época da-

da, los personajes que la llenan, con la magnitud de su figura, sus buenas y malas cualidades, sus altercados y las causas de sus discordias, y dedicaos à reproducir sencillamente lo que sacais de tal estudio. Cuando hayais de presentar un personaje, pintadle de modo que su carácter refleje el papel que juega, mas sin deteneros con fruicion en su pintura: violentas desavenencias tienen entre si los varones de nota, referid de ellas lo que baste à dar idea cumplida de la causa que las produce, de la significacion de lo que les divide, de los inconvenientes de sus caracteres, y no os pareis à hacer tragedias: andad, andad sin cesar como el mundo: si hay pormenores técnicos, dadlos, pues no es para omitido el material de las cosas humanas, y en la realidad no es drama todo, ni arrebatos de pasion fuertes, ni estocadas terribles: à las grandes crisis preceden prolijas angustias: antes de los sangrientos choques en la guerra hay llamamiento de hombres, acumulacion de dinero, acopio de material enorme; todo lo cual tiene su lugar y su tiempo, y se debe suceder bajo vuestra pluma como en la realidad misma, y si pensásteis en ser sencillamente veraz tan solo, habreis sido lo que son las cosas, interesante, dramático, variado, instructivo, pero no sereis nada mas que ellas, y por ellas, y como ellas y tanto como ellas. Y no os infunda la menor inquietud vuestro asunto, sea el que fuere: no temais las dificultades, ni la aridez, ni la oscuridad: Dios hizo el espectáculo del mundo

para el espíritu del hombre: tan luego como al hombre se enseña el mundo, fija allí sus ojos, sin mas condicion que la de no sacar à plaza las oscuridades de su espíritu, imputándolas à las cosas. Con que elijais una historia ó parte de historia, y presenteis exactamente y con método natural los hechos, sin oropeles, sereis atractivo y aun pintoresco. Si para sistematizar lo que referais no habéis puesto el empeño en agruparlo arbitrariamente, si acertásteis à darlo su naturalísimo enlace, todo tendrá una atraccion irresistible, la del rio que resbala por entre campiñas. Cierito es que hay rios caudalosos y de escasas ondas, con márgenes tristes ó risueñas, mezquinas ó grandes; y no obstante, à cualquiera hora veis que todo rio, riachuelo ó arroyo se desliza con cierto encanto, y produce un efecto embelesador y delicioso, ora forme remanso à la falda de una colina, ora desaparezca en el horizonte detrás de la espesura de un bosquecillo. Tratando de cualquier asunto llegareis à iguales ventajas, si conseguis que una cosa venga tras otra con el movimiento fácil, ora apacible, ora precipitado de la naturaleza.

Hecha profesion de fé semejante ¿necesito puntualizar cuáles son en historia las condiciones del estilo? Una hay esencial y se reduce à que ni se eche de ver ni se sienta. Ante los atónitos ojos del público se han expuesto recientemente entre las obras maestras de la industria del siglo, espejos de dimension y transparencia es-

traordinarias, que dejarían confusos á los venecianos del siglo XV, y por entre los cuales y sin la mas leve disminucion de color, ni contorno, se ven los innumerables objetos que encierra el palacio de la Exposicion universal de la industria. No fijándose mas que en el marco de tales espejos, varios curiosos llenos de pasma preguntaban, y yo lo he oido, qué hacia allí el magnífico marco, por no haber reparado en la tersa luna; y cuando conocian su error, admiraban el portento de espejo tan limpio. Efectivamente, si se ve un espejo, consiste en que tiene alguna falta, puesto que su mérito lo constituye una cabalisima transparencia. Tal es el estilo en historia. No tiene mas objeto que presentar las cosas; y si se le ve ó se le siente, muestra da de defectuoso. ¿Y se llega á transparencia tan cabal sin trabajo? No, ciertamente. Si el estilo es vulgar ó altisonante, si molesta por su malhadada consonancia, ya que en historia los nombres de las personas, de los lugares, de las batallas, son fijos para las lenguas nacionales y carecen de equivalente, si choca por algo, es el estilo en realidad el espejo que tiene una falta: sencillo, claro, conciso, fluido, elevado á veces debe de ser cuando sobre los grandes intereses de la humanidad se cuestiona; y abrigo el convencimiento de que los versos mas hermosos, los mas trabajados, no cuestan lo que una modesta frase dedicada á transcribir un detalle técnico sin que se incurra en la vulgaridad ni en la extravagancia. ¿Y quién tendrá tanta pa-

ciencia, tanto esmero, tanta abnegacion, solo para no fijar la atencion de nadie? ¿Quién? La inteligencia, única propia á comprender que todo su papel se reduce á mostrarlo todo, sin aparecer nunca.

Ya he anunciado que tambien es ella la sola capaz de resplandecer por lo justa, sobre lo cual me serán permitidas algunas mas frases.

No menos sonrojo que el que me infunde la sola idea de alegar un hecho inexacto, experimento al concebir una injusticia relativamente á los hombres. Cuando uno mismo ha sido juzgado frecuentemente por cualquier advenedizo, sin conocimiento de los personajes, ni de los sucesos, ni de las cuestiones sobre que falla magistralmente, avergüenza y repugna figurar como juez de tal laya. ¡Especie de impiedad es desconocer las cosas, no cuidarse de lo verdadero, tratar de unos que han derramado su sangre por un pais á menudo ingrato, ó de otros que, aun dado que la ambicion les impulsara en mucha parte, consumieron por el mismo pais entre las devorantes ansiedades de la política su vida, y fallar con un rasgo de pluma sobre el mérito de la sangre de los unos y de los desvelos de los otros! Cabe tolerar la injusticia, mientras vive el que es blanco de ella; á bien que abundan lisonjeros para contrapeso de detractores, aun cuando á las nobles almas no indemnizan las insultos de la lisonja de las amarguras de la calumnia; pero haya al menos justicia despues de la muer-

te, justicia que ni adule, ni infame; y ya que no para quien la aguardó sin obtenerla, á lo menos para sus hijos. ¿Y quién puede blasonar de escribir historia y mantener con mano firme la balanza de la justicia? ¡Ah! Nadie porque es poner la balanza de Dios en mano de hombres! ¡Cuántos problemas, cuántas complicaciones las suyas, qué de matices para dificultar el ser completamente equitativo! Tal hombre dió cima á grandes cosas. ¿Pero se lo dió por sí solo? ¿No tuvo auxiliares, ó predecesores que le despejaron el camino? Alejandro vino tras Filipo su padre, cuyo elogio inflamaba su ira: Federico el Grande siguió á su padre y al príncipe de Anhalt-Dessau, que le habian preparado las huestes prusianas: Napoleon recibió de la revolucion francesa un ejército incomparable. Tal hombre hizo mucho daño. ¿Pero lo hizo por culpa suya, ó de su tiempo? ¿No fué arrastrado á las malas vias? ¿Se puede afirmar que las pasiones á que cedió no eran de sus contemporáneos como suyas? Si además tuvo la desdicha de verter sangre humana ¿No han de entrar por nada los tiempos en que tuvo esta desventura? ¿No debe pesar casi tanto en la balanza de la justicia una sola gota de sangre derramada ahora, que se sabe el precio de la vida de los hombres, como un raudal derramado en el siglo XIII? ¡Cuántos otros problemas! Un general de valor probado, de grande pericia y perspicacia yerra un dia porque se ofusca, y pierde un ejército entero. Un personaje siempre cauto, debilitado ó distraido, se de-

ja engañar torpemente ¿Cómo avalorar incidencias tan varias? ¡Y cuántos fallos hay que pronunciar mas difíciles si nos acercamos á nuestra historia!

Véase un jóven extraordinario que, tras diez años de horrible anarquía, se presenta á sus contemporáneos orlado de laurel muy glorioso. Hollando las leyes de su patria, leyes á la verdad no veneradas, pero leyes al cabo, sube al poder supremo. Gracias á su prudencia, á su mesura, á los beneficios que hace y á los milagros que obra, llega á ser las delicias de su pais y la admiracion de todo el mundo; mas atolondrado por la embriaguez del triunfo, se lanza sobre Europa, la agobia, la sojuzga, la oprime, la impele á la revuelta, la atrae sobre sí, y cae rodeado de sin par gloria en un abismo, donde se hunde con él la Francia. ¿Cómo juzgar tan prodigiosa vida? ¿Acertó ó erró al empuñar un cetro con que se le convidaba por todos? ¿Qué hombre hubiera resistido una invitacion semejante? ¿No consiste mas bien su culpa en el uso que hizo de la autoridad soberana? Pero si se absuelve la usurpacion del poder y solo sobre el uso que de él hizo recae la censura ¿no se olvida que el violento modo de absolverlo contenia el germen de la manera violenta de emplearlo? y de aquel abuso de la victoria que sublevó al mundo, se le debe echar la culpa del todo ó al mundo contra quien se arrojó á la contienda? ¿Le toca totalmente ó le toca al mundo, ó por mitad al uno y al otro la responsa-

bilidad del derramamiento de sangre mucho mayor que el de siglo alguno? y se ha de atribuir al orgullo del vencedor nunca saciado ó al implacable resentimiento del vencido?

¡Qué de problemas profundos como el alma humana en una sola vida, aunque verdaderamente muy grande! ¿Cómo llegar á resolverlos?

Ante todo conviene extinguir toda pasion dentro del alma. ¿Y cómo se puede exigir la consumacion de este milagro? Tanto vale decir que se os colocará delante del teatro mas vasto del mundo, siéndolo realmente, pues no lo hay mayor que el universo, y que sentado delante de tan inmenso teatro, por donde pasarán los actores mas ilustres con sus grandezas y pequeñeces, sus rasgos de carácter que infunden terror ó provocan á risa, no os habeis de conmovér nunca, ni de indignaros, ni de manifestar amor ú odio, ni propension á ridiculizar lo que no inspira otro sentimiento. No es posible ni para deseado tampoco el helar así el alma humana. ¿Mas cabe destruir la pasion y conservar el sentimiento? Yo entiendo que sí y que se alcanzará tamaño efecto elevando el espíritu á fuerza de estudiar ásiduamente la historia. A la verdad, colocaos ante el espectáculo de las cosas humana; meditadlas de continuo; llegad á comprenderlas y penetrarlas; vivid con los hombres en lo pasado y lo presente, reflexionad sobre sus debilidades, tomando por tipo las vuestras á fin de entrañarlas del todo, y merced al conocimiento de los hombres sereis

equitativo y aun justo. Así vuestro corazón respirará sin hiel de cierto; según vuestras aficiones preferireis á Turena ó á Condé, á Richelieu ó Mazarino; pero, independiente vuestra razón de vuestros instintos, dominará vuestras sensaciones, y pronunciará las sentencias que, interin llegan las de Dios, cabe esperar de la debilidad humana. Si por carácter sois indulgente ó sois severo, algo trascenderá no en la sustancia, sino en la forma de vuestros fallos: podreis ser triste como Guicciardini ó como Tácito, mas también á semejanza de ellos tendreis la justicia que raya á la altura de la razón. Así torno á mi proposición primitiva; con la inteligencia de las cosas humanas, poseereis lo que se necesita para presentarlas con claridad, variedad, profundidad, orden y justicia.

Por mi parte en la vida pública llevo pasados veinte y cinco años y mas de treinta en el estudio de la historia: me he dedicado especialmente á los anales de mi tiempo, ó por lo menos del que terminaba al empezar mi juventud: luego de haber escrito la historia de la Revolución francesa, emprendí la del Consulado y el Imperio: harto conocida es aquella, y calculando ya que no otra cosa el número de ejemplares divulgados, puedo afirmar que ha sido leída por mi siglo: he publicado gran parte de la del Imperio y voy á publicar la que resta. No sé lo que opinará el público así que la conozca y la juzgue, bien que, si no me engaño, la ha de encontrar sellada con el

profundo sentimiento de la verdad y la justicia. Comencéla en 1840, bajo un rey á quien serví y amé no obstante de oponerle resistencia en algunos puntos; proseguíla bajo la república, y terminola bajo el imperio restaurado por el sobrino del grande hombre cuyos hechos dan asunto á mi pluma..... Una esperanza me lisonjea, la de que nadie tachará mi obra por contener vestigio alguno de estas épocas diferentes ni en lo sustancial de mis juicios, ni siquiera en los matices de mi lenguaje. Pensar uno en sí propio al ver y contemplar cosas de magnitud inmensa, prosperidades ó adversidades extraordinarias que han traído consecuencias muy trascendentales para el mundo, que tienen bellezas y horrores inextinguibles, arguye una debilidad de carácter ó una debilidad de espíritu, de que no tengo por qué acusarme. Así espero que no se echará de ver que tal dia estuve en posesion del mando, tal otro proscrito, tal otro contento y feliz en mi solitario y tranquilo albergue; y espero tambien que en lo que refiera aparecerá mi razon sosegada, benévola y justa, de intencion cuando menos. Lo cual dista mucho de decir que no se han de hallar mis opiniones personales. ¡Ah! me avergonzaria de que no fueran encontradas, pero no habrá quien no descubra que son exactamente las mismas del primero al último tomo.

Amante de la verdadera grandeza, que se cimente en lo posible, y de la verdadera libertad que permita la enfermedad de las sociedades hu-

manas, sentimientos con que nací y con que espero bajar al sepulero, mal podia sofocarlos para escribir la historia de Napoleon; aunque no me parece que hayan dañado á los juicios sobre su persona, y antes bien presumo que me hayan servido para esclarecerlos. Por mas que reflexiono sobre la historia, no hallo mortal que reúna facultades mas poderosas y diferentes, y no mudo de dictámen aun despues de haber meditado sobre el término de su carrera. Sin embargo, al empezar su historia juzgué lo mismo que juzgo al acabarla, que el abuso de aquellas portentosas facultades le precipitó hácia su ruina, y juzgué entonces cual juzgo ahora, que la impetuosidad de su genio asombroso, unida á la falta de freno, produjo sus desventuras y las nuestras. Admirándole por extremo, sintiendo un atractivo irresistible hácia su naturaleza grande, viva, ardiente, siempre he deplorado que la inmoderacion ingénita de su carácter, y la libertad en que se le dejó de abandonarse á ella, le precipitaran en un abismo. Bajo el aspecto poético no fascina menos, sino mas acaso. Recto y severo juicio merece bajo el punto de vista de la política y del patriotismo. Tal como era he querido presentarle en todas las épocas de su vida, y tal se le verá sin duda en lo que me falta que recorrer de ella: arrebatándole en 1811 y 1812 la fascinacion de la victoria hasta el delirio, hasta sumirse en las profundidades de la Rusia; dedicando á esta fatal expedicion una fuerza de concepcion extraordina-

ria, bien que flaqueando en la ejecucion mucho; llegando á aterrarle durante la retirada el golpe impensado que le hiere; despertando á las márgenes del Beresina: creciéndose desde esta fecha al sentir el aguijon de la desgracia; desplegando en 1813 facultades prodigiosas para restaurar su fortuna y engañándose aun acerca del estado del mundo; siendo insensato en su política este mismo año, admirable en la guerra y hasta en las jornadas mas infelices, mal juzgadas hasta ahora por ser completamente desconocidas; brillando aun con mayor grandeza en 1814, y no engañándose á la sazón ni respecto de Europa, ni de Francia, ni de sí mismo; sabiendo que se encontraba solo, solo contra todos; teniendo razon en su política por vez primera contra sus consejeros mas sesudos; prefiriendo sucumbir á aceptar la Francia menor que la habia recibido; comprendiendo con tanta profundidad como nobleza de ánimo que Francia vencida tendria mayor dignidad bajo el cetro de los Borbones que bajo el suyo; luchando por tanto, luchando solo y aunque sin ilusiones, conservando algun resquicio de confianza en su arte, conservándola inmensa como su genio, y justificándola tan cumplidamente que habiéndoselas con el mundo, no contando ya de su parte á la Francia, no teniendo en su redor sino algunos soldados, que han jurado noblemente morir bajo su bandera, pesa un instante en la balanza del destino tanto como la razon, la verdad y la justicia. Rebajar ó abultar cosa

alguna delante de tal espectáculo, tal hombre y tales acontecimientos, fuera sin duda puerilidad la mas estúpida; y afirmo de plano que mi carácter la repugna.

Sobre el genio de Napoleon no cabe discutir en historia, pero sí en punto á la libertad que se le dejó de quererlo y hacerlo todo; respecto de lo cual data mi convencimiento, no de 1855 ni de 1852, sino desde el dia en que tuve discurso. Poder todo lo que uno es capaz de querer es la mayor desgracia. Aquellos que juzgan á Napoleon y ven un hombre de superior genio, no lo ven todo; fuerza es reconocerle como uno de los espíritus mas sensatos que han existido, á pesar de que desembocara en la política mas demente. Cuando pudo pervertir el buen seso de Napoleon, todo lo alcanza el despotismo sobre los hombres. Naturalmente en cuanto refiera se han de ver señales de este convencimiento. ¿Y cómo remediarlo? Cuarenta años hace que empecé á reflexionar y siempre he pensado lo mismo. Tal vez se me objete que es una preocupacion de mi vida; sin contradecirlo, aseveraré que en tal caso es una preocupacion que la llena toda, y ante ciertos entendimientos no alego mas excusa. Ya se me alcanzan todos los peligros de la libertad, y lo que es peor, sus miserias. ¿Y quién los conoceria, no penetrándolos aquellos, que sin éxito venturoso han hecho ensayos para fundarla? Pero cosa hay peor todavía, y es dejar facultad para hacerlo todo aun al mejor, al mas sesudo de los hombres. Fre-

cuentemente se repite que la libertad estorba hacer esto ó lo otro, erigir tal monumento ó ejercer tal accion sobre el mundo. Por lo que á mí hace, despues de prolijas reflexiones he venido á afirmarme en que, si á veces los gobiernos necesitan ser estimulados, es mas comun que necesiten ser contenidos, en que si pecan de inaccion á veces, con mas frecuencia se arrojan á todo en materias de política, de guerra, de gastos, y en que nunca vendrá mal alguna traba. Bien sé que se añade ¿y quién contiene á esa libertad destinada á contener el poder de uno solo? Sin vacilar contesto que todos. Ya sé y aun he visto que un país se extravía á veces, pero nunca tan á menudo ni de una manera tan completa como un solo hombre.

Olvidábaseme decir, y me apresuro á enmendar la falta, que no trato de persuadir á nadie; he querido sí explicar el fundamento de una opinion que trascenderá en esta historia, opinion que ni la edad, ni la experiencia han debilitado, y de la que me atrevo á asegurar que en mí no ha tenido el interés personal por apoyo. Con efecto, si osara hablar de mi persona, diria que nunca fui tan feliz como desde que, vuelto al reposo, he podido tornar á mi profesion primera, la del estudio de las cosas humanas. Ciertos espíritus podrán no creerme y estarán en su derecho, cual lo estaré yo en no creerles tampoco, cuando afirmen que encomian con desinterés las excelencias del poder absoluto.

Me hallo en el caso de pedir que se me perdone por haber descendido un instante de las regiones de la historia á la de las cuestiones del día. Confesando la opinion que prevalecerá en esta obra, no me he propuesto mas que lo ya indicado, dar razon de la persistencia en convicciones que se remontan á los primeros años de mi vida. Seguro estoy de que se reconocerá en estos ultimos tomos un historiador ardiente admirador de Napoleon, amigo mas ardiente de Francia, deplorando que hombre tan extraordinario lo pudiera hacer todo, todo hasta perderse, bien que agradeciéndole sobremanera que nos dejara con la gloria la semilla de los héroes, semilla preciosa que, dándonos los vencedores de Sebastópolis, acaba de retoñar en nuestra patria. Si, aun sin él, nuestros soldados, sus discípulos, han sido tan grandes y felices como lo fueron bajo su mando. ¡Ojalá que lo sean siempre y que nuestros ejércitos nunca dejen de salir victoriosos, cualquiera que fuere el gobierno que los dirija! Nada resarce mejor de no ser uno nada en su patria que verla figurar á la altura que le corresponde en el mundo.

PARIS 10 de octubre 1855.